

JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS

UNIVERSIDAD  
Y  
HUMANA DIGNIDAD

Verdades de las Letras frente al mercado de la posverdad

GRANADA  
2018

© JOSÉ ANTONIO PÉREZ TAPIAS  
© UNIVERSIDAD DE GRANADA  
UNIVERSIDAD Y HUMANA DIGNIDAD. VERDADES DE LAS  
LETRAS FRENTE AL MERCADO DE LA POSVERDAD  
ISBN (e): 978-84-338-6348-5.  
Edita: Editorial Universidad de Granada.  
Campus Universitario de Cartuja. Granada.  
Preimpresión: TADIGRA, S.L. Granada  
Diseño de Cubierta: José María Medina Alvea.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A los amigos y amigas  
-hay cosas que sólo se explican por la amistad-  
que con inagotable entusiasmo y enorme capacidad de trabajo  
me acompañan en las tareas de Decano  
al frente de la Facultad de Filosofía y Letras  
de la Universidad de Granada.*

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

EL VALOR DE LAS HUMANIDADES: AL SERVICIO DE LA DIGNIDAD DEL SER HUMANO.....	13
--	----

## INTRODUCCIÓN

UNIVERSIDAD COLONIZADA Y LETRAS INDIGNADAS.....	21
---	----

## PRIMERA PARTE

LAS HUMANIDADES EN LA SITUACIÓN DE LA UNIVERSIDAD.....	29
---	----

### Capítulo 1

LA ACTUALIDAD DE LAS HUMANIDADES: ¿CUESTIÓN DE PODER O PROBLEMA DE SENTIDO?.....	31
CIENCIAS Y HUMANIDADES TRAS LA REVOLUCIÓN INFORMACIONAL.....	31
LA AMENAZA DE LA DOMESTICACIÓN DE LOS SABERES.	
EL RETO ÉTICO DEL DESARROLLO TECNO-CIENTÍFICO .....	34
EL “DISCURSO DE LAS HUMANIDADES” Y SU MANIPULACIÓN IDEOLÓGICA EN LA CIVILIZACIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA.....	40
CIENCIAS Y LETRAS: TEORÍAS CIENTÍFICAS, SABERES DE LO HUMANO Y SABIDURÍA DE LAS HUMANIDADES.....	43

### Capítulo 2

LA CALIDAD COMO IDEOLOGÍA Y EL MITO DE LA EXCELENCIA. COARTADAS PARA LA PRIVATIZACIÓN DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA.....	47
LA INVASORA COLONIZACIÓN DEL MERCADO .....	47
“CALIDAD” Y “EXCELENCIA” COMO COBERTURA DEL SOMETIMIENTO DE LA FORMACIÓN AL MERCADO.....	55
<i>El traspaso de la “calidad” de la producción empresarial a         la actividad académica .....</i>	56
<i>El mito de la excelencia y la falsa meritocracia.....</i>	59
<i>La deriva hacia la mitología de los emprendedores .....</i>	61
<i>De la eficacia a la eficiencia o la justificación de las privatizaciones .....</i>	62

EL DECLINAR DE LO PÚBLICO... ¡LA UNIVERSIDAD NO DEBE SER UNA EMPRESA!.....	66
<i>Las reticencias sobre el Plan Bolonia</i> .....	68

## SEGUNDA PARTE

EL QUEHACER DE LAS HUMANIDADES.....	71
-------------------------------------	----

### Capítulo 3

LAS HUMANIDADES ANTE LAS MITIFICACIONES DE LA TECNOCRACIA. DEL FETICHISMO DE LA MERCANCÍA AL FETICHISMO DE LA TECNOLOGÍA .....	73
TRAS LA “MUERTE DE DIOS”: LOS NUEVOS DIOSES Y SUS MITIFICACIONES.....	73
MÁS ALLÁ DEL DISCURSO TECNOLÓGICO: LOS RELATOS MITIFICADORES DE LA TECNOCRACIA .....	78
ENTRE LA TECNOLOGÍA Y LA ECONOMÍA: LAS NUEVAS DOSIS FETICHISTAS DE “OPIO PARA EL PUEBLO” .....	84
EL VÍNCULO TECNOCRÁTICO ENTRE NIHILISMO CULTURAL Y GLOBALIZACIÓN CAPITALISTA.....	87
UN NUEVO FRENTE DE EMANCIPACIÓN Y SOLIDARIDAD: EL CONTROL DEMOCRÁTICO DE LA “TECNOECONOMÍA” .....	92

### Capítulo 4

LA FILOSOFÍA Y LOS USOS DE LA RAZÓN EN LA UNIVERSIDAD .....	93
LA UNIVERSIDAD: ¿CON UNA FUNCIÓN O (TODAVÍA) CON UNA MISIÓN? .....	93
<i>Arrancando de Ortega: formación crítica, preparación profesional y capacitación para la investigación</i> .....	93
<i>Recordando a Weber: “la ciencia como vocación” y la verdad como valor</i> .....	96
<i>El discurso normativo sobre la universidad frente a la mercantilización del saber</i> .....	97
EL CAMPO DE LOS SABERES Y NUEVAS REEDICIONES DEL “CONFLICTO DE LAS FACULTADES” .....	101
<i>Diagnóstico y solución de Kant sobre la “inferior” Facultad de Filosofía por necesidad y dignidad de la razón, es decir, de la libertad</i> .....	101
<i>No es razón todo lo que reluce: replanteamiento por Bourdieu del conflicto de las Facultades. La universidad como réplica de la sociedad</i> .....	103

<i>La universidad en sociedades secularizadas, Estados democráticos (¿laicos?) y mercados capitalistas. ¿Filosofía más allá del museo?.....</i>	104
DIVERSIDAD DE LOS SABERES Y DIFERENTES TIPOS DE RACIONALIDAD.	
HABLEMOS CON HABERMAS DE “LA UNIDAD DE LA RAZÓN EN LA DIVERSIDAD DE SUS VOCES” .....	106
<i>Del mito al logos y la posterior fragmentación del saber: nostalgias de unidad e imposiciones del orden (académico-político) .....</i>	106
<i>De la razón teológica a la razón metafísica: la dialéctica de la ama (teología) y la esclava (filosofía).....</i>	108
<i>De la razón metafísica a la razón científica: declive de la metafísica de la subjetividad frente al auge del positivismo.....</i>	109
<i>Razón teórica y razón práctica: usos diferenciados de una razón crítica.....</i>	110
<i>Razón instrumental y razón emancipadora: entre la servidumbre y la libertad.....</i>	113
<i>Razón crítica y razón hermenéutica: voluntad de sospecha y voluntad de escucha .....</i>	114
<i>La filosofía como “plataforma de traducción múltiple” (y algo más).....</i>	116
LAS RAZONES Y SUS VERDADES: DE LA TOLERANCIA AL DIÁLOGO	
DE LA COMUNIDAD ACADÉMICA.....	118
<i>Parafraseando a Aristóteles, “la verdad se dice de muchas maneras”.....</i>	118
<i>La verdad y sus criterios: correspondencia, evidencia, coherencia y rendimiento pragmático. El consenso como “lugar de la verdad”.</i>	
<i>Imprescindible disenso (Apel).....</i>	120
<i>La verdad práctica: de los sentidos de la verdad a la verdad del sentido (Gadamer).Y la verdad praxeológica (Marx).....</i>	122
<i>Del concepto al símbolo. Pregunta desde Wittgenstein: ¿decir lo inefable? Narratividad y testimonio. ....</i>	124
LA FILOSOFÍA RECLAMADA/DESBORDADA POR EL SENTIDO QUE SE BUSCA. EL DIÁLOGO CON LAS TRADICIONES RELIGIOSAS.....	127
<i>La filosofía y una herencia simbólica de las tradiciones religiosas entre la racionalización de la fe y el sacrificio dogmático de la razón.....</i>	127
<i>A título de “ilustración”: tres intentos y una alternativa como vías insuficientes en la relación entre filosofía y teología .....</i>	128
<i>Herencia y reconocimiento: la filosofía se toma en serio desde la razón la herencia de sentido de la religión .....</i>	132
<i>Tarea interreligiosa/intercultural en torno a “un punto de confluencia ecuménica de sentido” análogo a un “núcleo ético común” .....</i>	135
<i>“¿Qué es la verdad?” (Jn 18, 38). Una cuestión de justicia.</i>	
<i>Lo demás, por añadidura .....</i>	136

## Capítulo 5

## ARTE Y VERDAD, MEDIANDO LA FILOSOFÍA.

HUMANIDADES EN DIÁLOGO.....	139
SÍMBOLO Y VERDAD. DE LA HERMENÉUTICA A LA TEORÍA CRÍTICA, EN DEBATE SOBRE EL ARTE.....	139
DIFÍCIL SUPERVIVENCIA DEL ARTE EN LA ÉPOCA DE SU MERCANTILIZACIÓN. LA MIRADA DE BENJAMIN.....	145
LITERATURA Y FILOSOFÍA DESDE EL PODER DESMITIFICADOR DE LA ESCRITURA. UNA RELACIÓN ESTRECHA Y A VECES TENSA.....	152
LOS ENTRECruzADOS CAMINOS DE LA VERDAD: PRETENSIONES DE VERDAD Y COMPROMISO CON LA VERDAD .....	157

## Capítulo 6

HUMANIDADES CONTRA LA INFAMIA DE LA  
“POSVERDAD”. NUEVO CAPÍTULO EN UNA VIEJA

HISTORIA DE HIPOCRESÍA Y CINISMO.....	163
“POSVERDAD” SIGNIFICA MENTIRA CÍNICA .....	163
MARX Y NIETZSCHE NOS PUSIERON SOBRE LA PISTA: CONOCIMIENTO INTERESADO Y VOLUNTAD DE PODER TRAS PRETENSIONES DE VERDAD.....	165
HIPÓCRITA INDIFERENCIA ANTE LA VERDAD: COMPLICIDAD DEL PODER CON LA MENTIRA. EL “SÍNDROME DE PILATOS” .....	168
MENTIRA Y VIOLENCIA: URDIMBRE CÍNICA EN EL “SÍNDROME DE CAÍN” .....	170
DE NUEVO: ¿QUÉ ES LA VERDAD? UNA CUESTIÓN DE JUSTICIA, EN PRIMER LUGAR. ....	172
ENTRE LA JUSTICIA Y EL PODER: CONTRA LA MENTIRA Y FRENTE AL CINISMO, “VERIFICACIÓN POLÍTICA” DE NUESTRAS DEMOCRACIAS. ....	178

## EPÍLOGO

HUMANIDADES Y AUTONOMÍA UNIVERSITARIA.....	181
--	-----

## APÉNDICE

## NECESITAMOS UNIVERSIDAD DE SABERES

INSURRECTOS.....	185
HABLEMOS DE LA UNIVERSIDAD. HUBO UNA VEZ UN “CASO CIFUENTES” QUE NOS HIZO PENSAR.....	185
... Y EL DIGNO GESTO DEL PROFESOR LLEDÓ CONVOCÓ A LA NECESARIA “INSURRECCIÓN”. ¡ACTUEMOS!.....	188

## PRÓLOGO

### EL VALOR DE LAS HUMANIDADES: AL SERVICIO DE LA DIGNIDAD DEL SER HUMANO

¿POR QUÉ HEMOS de respetarnos unos a otros incondicionalmente? Dejar esta pregunta sin respuesta sería dejar de estar a la altura de nuestra *humanidad*. La podemos formular bajo otras claves: ¿por qué no permanecer indiferentes al sufrimiento humano? ¿O por qué es motivo de vergüenza mirar para otro lado cuando en nuestras costas se suceden naufragios de cientos de inmigrantes en incesante tragedia? ¿O por qué estamos moralmente obligados a renunciar a intereses propios si ello es necesario para salvar inviolables derechos de otros? ¿Hay razones para el empeño por la justicia en un mundo radicalmente injusto?

Preguntas como éstas, y la búsqueda de respuestas, son indicio de que nos aproximamos al nivel moral que exige la conciencia de dignidad. Para hacernos esas preguntas y atisbar respuestas ha hecho falta mucha historia, mucho recorrido de tradiciones culturales diversas, muchas vías de entendimiento entre individuos y comunidades para converger en valores comunes en torno a la *humanidad* compartida; así como mucho ejercicio de razón crítica para abrir paso, cuestionando realidades injustas, a una razón moral que se toma en serio el reconocimiento que nos debemos. Para llegar a todo eso, además de conjugar saberes en torno a la realidad humana que somos, ha hecho falta una profunda sabiduría respecto al sentido que desde ella emerge como anhelado. De eso tratan las Humanidades como saberes acerca de nosotros mismos,



desarrollados en ámbitos académicos –no exclusivamente– por los caminos de las ciencias de lo humano. Si se perdieran, no sólo perderíamos una preciosa herencia, sino que quedaríamos huérfanos de referencias de sentido para afrontar el futuro.

No sólo de mercado vive el hombre; no sólo de economía, la sociedad; no sólo de tecnología, la civilización. Para resistir a la tecnocracia que amenaza a la democracia, al economicismo que asfixia a la política, a la barbarie que liquida lo *humano*, no podemos dejar de reivindicar el valor de las Humanidades.

Y en esa tarea tan noble como necesaria de reivindicación de las Humanidades nos insertamos en esa cadena de voces que, desde el punto de arranque de lo que hoy reconocemos como tradición occidental, fueron elevadas con tal claridad y pertinencia que su eco llega hasta nosotros. No hace falta que ahora nos remontemos muy atrás. Basta que recordemos a Kant, el cual, como pensador señero de la Ilustración, dedicó uno de sus últimos escritos a una defensa de la filosofía que bien puede entenderse en el mismo sentido que hoy hablamos de defensa de las Humanidades. Indignado por la censura a la que se sometía a la filosofía, con lo que significaba de regresión respecto a la tolerancia que se alcanzó en Prusia con Federico el Grande, Kant acometió su defensa no sólo como saber, sino como ámbito institucional en el marco de la universidad. Tal era el propósito de su opúsculo sobre *El conflicto de las facultades*.

El filósofo de Königsberg empleó toda la fuerza de sus argumentos a favor de la Facultad de Filosofía, denominada “inferior” al lado de las otras “superiores”, que eran, por entonces, las de Teología, Derecho y Medicina. En éstas se enseñaban los saberes oficiales que cualificaban para una profesión regulada por el Estado, fuera la de cura de almas, la relativa a la salud del cuerpo social mediante leyes o la tocante a la salud del cuerpo humano a través de la medicina. Sin embargo, la facultad “inferior” tenía la tarea superior por excelencia y, por ello, más allá de toda pretensión política de someterla a control. Una Facultad de Filosofía –las ciencias experimentales aún no se habían desgajado del tronco filosófico– había de ser el terreno del conocimiento sin trabas y

de la crítica sin límites. Defender el lugar de esa Facultad en la Universidad era, pues, no sólo velar por la filosofía como campo de conocimiento, sino defender la dignidad de la razón, salvaguardando su autonomía para ejercer la crítica y, con ello, defender la dignidad humana de quienes hacen uso de su razón para avanzar hacia objetivos de emancipación.

Si esos eran los objetivos perseguidos por Kant, siguen siendo los nuestros, y no meramente por lo que la pervivencia de la filosofía como saber, y con ella de las Humanidades en general, pueda suponer para quienes nos dedicamos a su enseñanza, sino por lo que pierde una sociedad que elimina la Filosofía u otras disciplinas de las reconocidas como Humanidades de los cauces de producción y transmisión de conocimientos. Si actualmente volvemos a poner el acento sobre el compromiso con la defensa de las Humanidades, en un contexto sociocultural colonizado por las dinámicas del mercado hasta el sometimiento del mismísimo poder político a imperativos economicistas, es inexcusable salvar las Humanidades siendo conscientes de que la supervivencia de ellas tiene que ver con la dignidad.

Al igual que la defensa kantiana de la filosofía era planteada como pieza fundamental para un “proceso de ilustración”, cuando ahora ponemos en primer plano el valor de las Humanidades lo hacemos también para *salud* de la democracia. Podemos considerar que la filósofa Martha Nussbaum recibe a través de múltiples manos el testigo de Kant para regalarnos lúcidas palabras que, con tono de denuncia profética, insisten en la necesidad de hacer frente a medidas con las que desde poderes públicos se escamotean recursos para las Humanidades o, sencillamente, se las excluye de planes de estudio en nombre de la rentabilidad económica o cualquier otra variable en términos de rendimiento según la lógica del mercado:

En casi todas las naciones del mundo se están erradicando las materias y las carreras relacionadas con las artes y las humanidades, tanto a nivel primario y secundario como a nivel terciario y universitario. Concebidas como ornamentos inútiles por quienes defienden las políticas estatales en un momento en que las na-

ciones deben eliminar todo lo que no tenga ninguna utilidad para ser competitivas en el mercado global, estas carreras y materias pierden terreno a gran velocidad, tanto en los programas curriculares como en la mente y el corazón de padres e hijos. Es más, aquello que podríamos describir como el aspecto humanístico de las ciencias, es decir, el aspecto relacionado con la imaginación, la creatividad y la rigurosidad en el pensamiento crítico, también está perdiendo terreno en la medida en que los países optan por fomentar la rentabilidad a corto plazo mediante el cultivo de capacidades utilitarias y prácticas, aptas para ganar renta<sup>1</sup>.

El caso es que los estudios de Humanidades, siendo imprescindibles —así los consideramos quienes salimos en su defensa—, afrontan sin embargo serias dificultades. Indispensables en una universidad que quiera responder a las necesidades de una sociedad democrática, corren el peligro de verse postergados, y más en tiempos de crisis, como lujo cultural prescindible. Tan ciega e instrumentalista visión de las Humanidades es la que a veces se encarna en legislación educativa y recortes presupuestarios. De ello tenemos dura experiencia, por lo cual toca reivindicar su valor como saberes acerca de nuestras realidades humanas y de los documentos de cultura que constituyen el legado que nos ha sido transmitido. Tales saberes nutren el tejido cultural necesario para que nuestra sociedad no esté ayuna de referencias de sentido al articular su convivencia democrática y sostener valores sobre los que asentar las instituciones de la vida en común.

Hablar de Humanidades es hacerlo de los *saberes de la memoria*, los que se fraguan desde las especialidades que estudian la historia; de los *saberes de la comunicación*, desde la comunicación en diferentes idiomas hasta esa comunicación de la literatura y otras artes que atraviesa fronteras y generaciones; y de los *saberes del ejercicio crítico de la razón* que en la filosofía encuentran su lugar. Son saberes

1.M.C. Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades* [2010],Katz, Madrid, 2010, p. 20.

que nos hacen desembocar en esa *sabiduría* que reivindica Martha Nussbaum como “cultivo de la humanidad” al subrayar la necesidad de esas Humanidades que, fuera de todo lucro, constituyen la savia de la *humanidad* compartida de nuestro tiempo histórico<sup>2</sup>.

Al hablar de Humanidades necesitadas de defensa reivindicábamos a la vez la autonomía universitaria, tan acosada desde poderes económicos, en frecuente connivencia con poderes políticos, que sólo ven en la universidad una fábrica de conocimientos para el rendimiento inmediato o un gran centro de estudiantes encaminados a un mercado de trabajo ávido de mano de obra barata, por más que cualificada. La universidad ha de contar con la realidad del mercado, pero trascendiendo sus inmediatas aspiraciones de beneficio y teniendo presente que su servicio a la sociedad va más allá, como corresponde a una sociedad de ciudadanos libres, capaces de juicio crítico y de participación democrática.

Desde las Facultades de Letras de las universidades públicas españolas –siendo conscientes de la rigidez de la contraposición entre “Ciencias” y “Letras”, impugnable epistemológicamente, nos mantenemos en el uso de “Letras” tanto por ser una referencia académica y socialmente establecida como por la necesidad de aprovechar la diferenciación para reivindicar aquello de lo que tratan– también nos sentimos urgidos a hacer llegar a la opinión pública la preocupación por la situación en que se halla la universidad como institución de formación superior y de investigación científica. El estudio, la docencia y la investigación pasan por difíciles momentos a causa de los fuertes recortes presupuestarios en medio de la profunda crisis en la que estamos. Las medidas de control del déficit que se han aplicado desde el gobierno de España han provocado daños a nuestras universidades que pueden ser irreversibles. La gravedad de esas consecuencias no se limita a la vida académica, sino que incidiendo sobre el acceso

2.Cf. M.C. Nussbaum, *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal* [1997], Paidós, Barcelona, 2005.

de los jóvenes a los estudios universitarios, sobre la calidad de la docencia y sobre el despliegue de la investigación, afectan de lleno a la sociedad a la que las universidades se deben, quedando mermadas las posibilidades de contribuir desde el conocimiento a un desarrollo que nos ayude a remontar la crisis, de verdad, más allá de los resultados arrojados por las cuentas de beneficio de las entidades financieras.

La quiebra de la igualdad de oportunidades que supone el mayor coste del acceso a la misma dada la concurrencia a la vez de una política de becas más restrictiva incide claramente en el presente y futuro de una universidad que no debe verse encerrada en el espacio acotado de una institución elitista. Igualmente es un imperativo moral denunciar la precariedad laboral de un alto porcentaje del profesorado universitario, a pesar de su más alta cualificación, así como el bloqueo que se produce sobre legítimas aspiraciones de promoción del profesorado. Así ha sido a causa de la aplicación de una tasa de reposición de empleo público que en el caso de las universidades llegó a suponer una decisión irracional absolutamente indefendible. La regresión que ello supuso para nuestras universidades, y que muy poco a poco empiezan a tratar de superar, implica un futuro tan seriamente amenazado que es deber inexcusable de los responsables académicos hacer todo lo posible y hasta lo imposible para que las amenazas no se cumplan como destino. Y más allá de los problemas inmediatos que acucian a las Humanidades, defenderlas es defender la dignidad de seres humanos libres capaces de transformar su realidad histórica.

\*\*\*\*\*

En la reflexión que se hilvana a lo largo de las páginas de este volumen quedan recogidos, además de textos inéditos, otros materiales de diversa procedencia, que en todo caso responden al debate sobre la universidad, las Humanidades, las ciencias..., que tienen lugar en nuestro ámbito académico y, a través de lo que fluye por los cauces de la opinión pública, en nuestra rea-

lidad social. Son cuestiones que interesan a la ciudadanía en su conjunto. Así, este prólogo tuvo su anticipo en un artículo el 14 de mayo de 2015 en el diario *Granada Hoy*, encabezado con las mismas palabras que dan título a este libro. La Introducción recoge lo publicado en el digital *Contexto y Acción* (29 de noviembre de 2017), igualmente bajo ese mismo epígrafe. El Capítulo 1 tuvo su germen en la reflexión sobre “La actualidad de las Humanidades” publicada en la revista *Campus* de la Universidad de Granada en febrero de 2000. Por lo que se refiere a “La calidad como ideología” de la que trata el Capítulo 2, su antecedente está en la obra colectiva coordinada por J.L. Aróstegui y J.B. Martínez (eds.), *Globalización, postmodernidad y educación*, Akal, Madrid, 2008, pp. 47-90. También en los artículos “La universidad española y el declinar de lo público” (*Ideal*, 6 de noviembre de 2001) y “La universidad no será una empresa” (*El Siglo de Europa*, 20 de abril de 2009). “Las mitificaciones de la tecnocracia”, sobre lo que versa el Capítulo 3, fue el texto de una ponencia recogida en C. Gámez y M.G. Pedrera (eds.), *Ídolos del siglo XXI*, Universidad Pontificia de Salamanca, 2007, pp. 41-60. El contenido del Capítulo 4 es parte de lo adelantado en “La Filosofía y los usos de la razón en la Universidad”, en *Proyección*, 247 (2012), pp. 401-432. El Capítulo 5 amplía lo escrito en la revista *Letra Clara* (3 (1997), pp. 24-27), que apareció bajo el rótulo “Filosofía y literatura: los entrecruzados caminos de la verdad”. El capítulo 6 retoma lo titulado “Haciendo frente a la infamia de la posverdad” en la revista *Éxodo*, 138 (2017), pp. 4-13. En el Apéndice se hallan fundidos los artículos “Hablemos de la universidad” (*Contexto y Acción*, 4 de abril de 2018) y “Necesitamos universidad de saberes insurrectos” (*InfoLibre*, 3 de mayo de 2018).

Al ver este libro ya dispuesto para que así llegué al público interesado por la situación de nuestra universidad y su papel en nuestra sociedad, por el futuro de las Humanidades, por el debate epistemológico en torno a ellas y en relación con los distintas ciencias..., debo expresar mi agradecimiento a la María Isabel Cabrera, directora de la Editorial Universidad de Granada, por acoger de nuevo esta obra mía, respecto a la cual, dada su temá-

tica, pensaba y pienso por mi parte que su lugar debía ser el de este catálogo editorial y no otro. Hago extensible mi gratitud a todo el equipo que eficaz y amablemente trabaja con la profesora Cabrera en la editorial de nuestra Universidad. Por lo demás, he de dejar constancia, porque así lo merecen, de mi agradecimiento a las personas que han estado al frente de los medios en que fui publicando reflexiones sobre las cuestiones académicas, y sus implicaciones sociales, que han quedado reunidas en este volumen.

Un apartado especial requiere mi agradecimiento al magnífico equipo de personas con el que comparto las tareas académicas del decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, las profesoras y profesores Margarita Sánchez, Ana Gallego, Gonzalo Águila, Gracia Morales, Ignacio López Sako, Jesús Fernández, además de Teresa Ortega, Miguel Ángel del Arco y Juan Manuel Martín —en su momento pasaron a nutrir el equipo de la Rectora Pilar Aranda—, así como a Miguel Jiménez Puertas, José Manuel Martín, Esperanza García y Alejandro Martínez Escoriza —éste, también llamado a otras tareas de gestión en nuestra universidad—. Con tan fantástico equipo, al que en diversos momentos se sumaron Antonio Martín, Francisco Mesa y Alicia Vera como responsables de la administración de la Facultad, no sólo comparto el apasionante día a día al frente de nuestro centro, sino también los debates, en torno a los problemas de nuestro mundo académico y nuestro quehacer universitario que en estas páginas afloran. Estas palabras de agradecimiento quedarían incompletas si, como en tantas obras anteriores, no dejara constancia de mi deuda con mi familia, apoyo indispensable para mantener el pulso y el ritmo de unas tareas de docencia, de investigación y de gestión que, entre otras cosas, exigen tanta dedicación como tiempo.

## INTRODUCCIÓN

### UNIVERSIDAD COLONIZADA Y LETRAS INDIGNADAS

LA UNIVERSIDAD COMO institución, al igual que otras muchas instituciones de nuestra realidad social, está inmersa en un proceso de profundo cambio. Hacia dónde conduzca ese proceso es cuestión que nos preocupa sobremanera a quienes desarrollamos en ella nuestra vida académica. Reconociendo que hay datos positivos de la vitalidad de nuestras universidades —empezando por el gran número de estudiantes que en un país como España acceden a las universidades y terminando por el buen nivel de la investigación que en ellas se lleva a cabo—, faltaríamos a la verdad si no recogiéramos en la reflexión colectiva que hemos de hacer el malestar que en ellas se acumula y la preocupación con la que se observan ciertas derivas del mundo universitario que amenazan su futuro —al menos lo que muchos pensamos que debe ser su futuro—. Esa inquietante incertidumbre la compartimos con amplios sectores de nuestra sociedad. No es para extrañarse: las contradicciones de nuestra realidad social afectan a las universidades. Y si de esas contradicciones podemos decir que generan ciertas patologías sociales, que no dejan de serlo por el hecho de verse “normalizadas”, debidas especialmente a la tiranía de los poderes económicos sobre todas las instancias de nuestras dinámicas sociales, políticas, culturales... —incluso sobre las relaciones y vidas de los individuos, como cabe concluir viendo la desvalorización del trabajo y la consideración de trabajadoras y



trabajadores como mercancía desechable—, tales patologías alcanzan al ámbito universitario, singularmente como “patologías de la razón” —las deformaciones de la razón deben mucho a la mimesis respecto al intercambio de mercancías que socialmente impone su lógica<sup>1</sup>—. A ellas, desde el campo académico, hemos de prestar la máxima atención.

Es principio elemental que para sanar patologías hemos de atender a sus causas. Cabe añadir que para llegar a sus causas hay que estudiar adecuadamente sus síntomas. De las patologías que presenta la universidad —no es situación que sólo se presente en la universidad española—, una parte significativa de sus síntomas se manifiesta a través de las circunstancias en las que se ejerce la docencia y se lleva a cabo la investigación, tareas fundamentales de cualquier universidad que se precie. Si quienes han de desplegar dichas tareas, en relación dialógica con el estudiantado y en colaboración estrecha con el personal de administración y servicios, encuentran condiciones adversas para hacerlo, es por ahí donde encontramos importantes pistas a seguir para rastrear las causas de los problemas que aquejan a la universidad.

Lo que encontramos en nuestra universidad es más que malestar; es un sentimiento de indignación el que se hace notar en aulas y departamentos universitarios donde docentes e investigadores reciben, no con sorpresa, pero sí con fundada preocupación las noticias acerca de los modos y maneras con que se van a evaluar, si nadie lo remedia, los méritos para acceder a plazas de profesorado en los distintos niveles que marcan los hitos de una carrera académica. Sería de culpable miopía no ver más que cuestiones gremiales, de las que son condenadas como querencias endogámicas, en las reivindicaciones que van tomando cuerpo en el amplio colectivo que va desde catedráticos hasta doctores recién incorporados al trabajo universitario. El asunto es de hondo calado.

1. Cf. A. Honneth, *Patologías de la razón. Historia y actualidad de la teoría crítica* [2007], Katz, Madrid, 2008, pp. 65 ss.

En la misma indignación que de forma singular sacude el ámbito de las denominadas “Letras” late en definitiva la preocupación por una universidad cuyo futuro, como el de tantas instituciones, puede verse sacrificado en el altar del mercado. Hagamos, pues, el diagnóstico de una problemática en la que se juega no sólo la supervivencia de la universidad, sino la dignidad colectiva de una sociedad democrática que no debe abandonar la aspiración a ser más culta.

Cualquier país civilizado, a poco que pueda, presume de sus universidades. Como centros de formación superior se prestan para ser carta de presentación del potencial científico, tecnológico y económico de una sociedad. Ya se tomó conciencia hace siglos –recordemos a Francis Bacon en los albores de la modernidad<sup>2</sup>– de cómo el conocimiento proporciona poder, a lo que en pasadas décadas se añadió la constatación de cómo la ciencia y la tecnología a ella vinculada pasan a ser en el capitalismo contemporáneo –Habermas, por ejemplo, lo puso de relieve– la principal fuerza de producción en una economía desarrollada. Todo ello corre a favor del prestigio de las universidades, en tanto se consideran instituciones para la generación de ese conocimiento científico que tanto interesa a la sociedad. Bien es verdad que la universidad como institución tiene otras vertientes, además de la relativa a esa producción de conocimiento a través de la investigación que en ellas se realiza.

De todos es conocida y ampliamente apreciada, por otra parte, la tarea de formación de profesionales cualificados y reconocidos oficialmente como tales –sentido originario de las “licenciaturas”– para el ejercicio de ciertas profesiones. La “misión de la universidad” se completa, como bien señaló en su día Ortega y Gasset<sup>3</sup>, con el quehacer que desempeña en cuanto transmisora de un saber de amplio espectro que configura el horizonte cultural de una sociedad

2. Cf. F. Bacon, *Novum Organon* [1620], Orbis, Barcelona, 1984.

3. Cf. J. Ortega y Gasset, “La misión de la Universidad” [1930], en J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, t. IV, Taurus, Madrid, 2005, pp. 529-568.

a través de los ciudadanos y ciudadanas que tienen la oportunidad de acceder a la enseñanza universitaria. Desgraciadamente, tan fundamental misión de la universidad en la realidad social de cualquier latitud y tiempo es la que hoy resulta infravalorada, paradójicamente en el momento en que el nivel educativo medio de las sociedades ha aumentado –incluso se pretende la gratuidad total de la enseñanza superior–, pero también en la época en la que otras fuentes y formas de conocimiento, especialmente en esta sociedad de la información, conducen a que todo ello se replantee. Así ocurre, además, bajo el empuje del interés económico por la ciencia y sus desarrollos tecnológicos, máxime en el contexto de un mundo globalizado en el que sobre la universidad actúan las presiones para la privatización y la mercantilización de la docencia y la investigación en el marco del mercado global de la formación superior que se está conformando. En éste, para colmo, el mimetismo con el que se opera desde un país periférico como el nuestro, dados los modelos a imitar como las reglas a seguir, la dependencia respecto a lo establecido desde las metrópolis –del mundo anglosajón– conlleva una situación neocolonial en la que, tras el deslumbramiento por los rankings sólo nos falta decir, remedando el conocido exabrupto de Unamuno, “que nos evalúen ellos”.

Así, en el panorama tan sucintamente descrito encontramos que sobre la institución universitaria recae el efecto de fuerzas que intencionadamente se dirigen a decantar su futuro hacia el rendimiento económico de su actividad, dejando de lado otras dimensiones de la misma que realizaban su relevancia social y su papel cultural, por no hablar de la postergación del sentido emancipador que se pensaba que debía acompañar a la transmisión de un conocimiento producido y transmitido bajo el emblema de la crítica. Eso parece cosa del pasado, que por algo lo subrayaba Kant en su revulsivo escrito sobre “El conflicto de las Facultades”<sup>4</sup>. En

4. I.Kant, *La contienda entre las Facultades de Filosofía y teología* [1798], Trotta, Madrid, 1999.

tan citado texto, su autor, señalando que la Facultad de Filosofía –entonces albergaba también las que después se desgajaron como ciencias diversas–, siendo la “menor”, por no otorgar esos títulos para profesiones respaldadas por las instancias oficiales, según función asignada a las “mayores” –Teología, Derecho y Medicina–, hacía hincapié en que era sin embargo la que realizaba la imprescindible tarea de la crítica, sin la cual no hay avance posible del conocimiento –sin crítica no hay “proceso” de ilustración–. En el presente, si bien es verdad que la crítica no deja de operar al interior de cada campo de conocimiento buscando su progreso, lo que se presenta más difícil es la crítica de un saber movido por ese interés emancipatorio –de nuevo Habermas<sup>5</sup>– que pone en cuestión las relaciones de dominio que se dan en el seno de la sociedad, a veces ideológicamente encubiertas o justificadas desde las mismas ciencias en derivas que las desvirtúan dado el economicismo dominante e, internamente al campo del saber, la mentalidad “positivista” de una determinada concepción de la ciencia que, desde dogmatismos nada científicos, acaba poniéndola al servicio del poder que se ejerce desde el mercado –la financiación manda–.

A resultas de las dinámicas socioeconómicas en las que se inscribe el quehacer académico de las universidades, reforzadas por las decisiones respecto a ellas de un poder político que actualmente es subalterno respecto de los poderes económicos, los criterios que en ellas se imponen para su funcionamiento y procesos internos no dejan de responder a esos factores estructurales. Más allá de las voluntades individuales, incluso de quienes se hallan en puestos académicos de responsabilidad, tal como vio venir el sociólogo Pierre Bourdieu en sus análisis en torno al “*homo academicus*”<sup>6</sup>, se van imponiendo pautas que corren a favor de la privatización de lo público, de un gerencialismo ajeno

5. Cf. J. Habermas, *Conocimiento e interés* [1968], Taurus, Madrid, 1982, pp. 201 ss.

6. Cf. P. Bourdieu, *Homo academicus* [1984], Siglo XXI, Madrid, 2008.

a la participación democrática, de la aplicación a la docencia y a la investigación de criterios de calidad trasplantados desde el ámbito empresarial, de una jerarquización de las ciencias según su interés en términos de rendimiento económico a través de las aplicaciones tecnológicas y de una postergación cada vez más patente de los saberes que por su propia índole, o por el carácter crítico vinculado a su condición epistémica, no responden a esos parámetros.

Cierto es que podemos declarar, como hace el profesor Nuccio Ordine, “la utilidad de lo inútil”, invitando a considerar esos saberes no acordes con un utilitarismo pragmatista desde una más amplia perspectiva humana –hablamos por ello de las “Humanidades”– y no meramente desde el interés del “sistema”. Como dice Ordine, “sólo el saber puede desafiar las leyes del mercado”<sup>7</sup>. Y es verdad, aunque tengamos la experiencia que no por desafiarlas, y hay que hacerlo, se gana la batalla, que hoy por hoy vamos perdiendo. De lo que se trata es de invertir los términos de lucha tan desigual, y no sólo por las Letras, sino por universidades que pierden su imprescindible autonomía y por humanos en sociedades cada vez más deshumanizadas en la misma medida en que las vamos haciendo más tecnificadas –y políticamente tecnocráticas bajo la hegemonía de un neoliberalismo rampante–.

En medio de las condiciones señaladas, la “misión” de la universidad desafortunadamente se reduce a ser “función” de lo que se diseña desde otras instancias en el orden configurado por el dispositivo de saber y poder, como indica Foucault, propio del (des)equilibrio de fuerzas de las prácticas gubernamentales desde la que se estructura nuestro mundo, lo cual repercute de forma inmediata en quienes trabajan en y para ella<sup>8</sup>. Así ocurre en el caso del alumnado, sometido a planes de estudio

7. N. Ordine, *La utilidad de lo inútil* [2013], Acantilado, Barcelona, 2013, p. 16.

8. Cf. M. Foucault, *La arqueología del saber* [1969], Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. E. Id., *Hay que defender la sociedad* [1997], Akal, Madrid, 2003, pp. 11 ss.

tendientes a quedar marcados por las exigencias del mercado; de ello no se libra el personal de una administración con sobrecarga de burocracia; y de tal dispositivo de saber y poder es el profesorado el que de manera especial padece sus consecuencias, que no se limitan a cómo afectan personalmente a cada cual, sino que llevan a un futuro en el que las desigualdades se acentuarán sobremanera entre los docentes e investigadores, en tanto los mismos criterios para la acreditación en cada etapa de la carrera académica propician la formación de una élite profesoral y a su lado una gran masa de profesorado en precario, explotado en su trabajo y metido en una lucha por la supervivencia, lastrada por una competitividad mitificada de efectos humillantes por cuanto se juega con reglas en muchos casos de imposible cumplimiento.

A una apreciación como la expuesta se llega desde el profesorado al comprobar hacia dónde apuntan los “endurecidos” criterios con los que al parecer va a operar la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación. En el caso de las especialidades de Letras la situación es especialmente lacerante desde el punto y hora en que se nos siguen aplicando criterios establecidos a la medida de otras áreas, prescindiendo de las peculiaridades de la investigación y las publicaciones a través de las cuales se proyectan, en su singular transferencia social del conocimiento, los saberes de la memoria (Historias), los saberes de la comunicación (Lengua, Filologías y Literaturas), los saberes sobre espacios y culturas (Geografía y Antropología) y el saber de la reflexión crítica y ética (Filosofía). Éstos son, en definitiva, saberes en los que el ser humano, con sus realizaciones, es a la vez sujeto y objeto, los cuales se difunden en gran parte con el formato libro y mediando unas condiciones de “impacto” muy distintas de la inmediatez con que ello se produce en otros campos epistémicos. Habría que empezar por recordar –dicho sea para terminar, y parafraseando a Aristóteles– que la ciencia se hace de muchas maneras. Tal es el mensaje que emitimos desde una resistente “República de las Letras” con vocación de radicalidad democrática –no de “ciudad letrada” al servicio del

poder dominante en la “ciudad real”<sup>9</sup>—, a sabiendas de que es formulado en dirección contraria a la del pensamiento único que se nos quiere imponer desde la realidad estructurada a la imagen y semejanza del Dios Capital.

9. Cf. A. Rama, *La ciudad letrada*, Tajarar, Santiago de Chile, 2004.

PARTE I

CIENCIAS Y HUMANIDADES EN LA  
SITUACIÓN DE LA UNIVERSIDAD



## Capítulo 1

### LA ACTUALIDAD DE LAS HUMANIDADES: ¿CUESTIÓN DE PODER O PROBLEMA DE SENTIDO?

COMO EN TODAS las travesías, también navegando por Internet se puede perder el rumbo. La sociedad informacional, resultado de una civilización científico-técnica cuyos orígenes radican muy atrás en la trayectoria de Occidente, corre el riesgo de quedar a la deriva, perdida en el océano de un mercado global donde no cabe sino “viajar a ninguna parte”. Millones de personas tratan de orientarse cruzándose mensajes en el seno de una red con infinitos nudos. Más millones aún, muchos más –su cuantificación es escandalosa–, sobreviven como naufragos, soportando los embates de un agitado mar cuyas olas los expulsan a las playas del olvido. La “red de redes” tejida por las innovaciones tecnológicas no ofrece para las mayorías ninguna tabla de salvación; por sus huecos se abre un pavoroso vacío que ni la informática ni la telemática cubren. Los que van cayendo al abismo, aunque silenciados en la marginalidad, no lo hacen sin lanzar una última mirada que los que nadan en la opulencia apenas si pueden esquivar –así lo quisieran muchos–. El vacío de sus ojos refleja el dolor de un mundo sin sentido.

#### CIENCIAS Y HUMANIDADES TRAS LA REVOLUCIÓN INFORMACIONAL

Los cambios respecto de las formas anteriores de sociedad provocados por la llamada *revolución informacional* son de una envergadura enorme. Se habla, con razón, de *revolución* cuando ya apenas si nos atrevíamos a usar la palabra. Lo que no sabemos a ciencia cierta es hacia dónde va el cambio ni qué habremos ganado y perdido por el camino. Pero, no obstante, en medio de

“la oscuridad del momento vivido”, como decía Ernst Bloch en su *Principio esperanza*, podemos discernir las tendencias positivas y negativas de un proceso ambiguo en el que el conocimiento, y más exactamente la información, es un factor decisivo: *el* factor decisivo que está alterando la dinámica económica, las estructuras políticas y las pautas culturales. Basta recordar todo lo que significa la *globalización* que unifica el mundo como un gran mercado que funciona en el tiempo *real* de la simultaneidad informática, por más que esa *nueva economía* sea tremendamente ambigua, por lo menos, dada la lógica excluyente de ese mercado que deja fuera a millones de personas, excluidos porque ni producen ni consumen —luego no cuentan *informativamente*—.

No cabe duda de que la informática y la telemática han multiplicado las posibilidades del conocimiento humano y de su difusión. La técnica, en este caso, no *prolonga* la mano del hombre, como los primeros instrumentos o los mismos mecanismos que hicieron posible la industria manufacturera; tampoco *prolonga* sus piernas, como han hecho todos los artefactos que han facilitado su locomoción; lo que en este caso se *prolonga*, visto desde el cuerpo humano, es su cerebro, “soporte” de la actividad mental humana. Esa *prolongación*, cuando llega a las diferentes actividades con las que está relacionada, se ve acompañada por un factor multiplicador del orden del millón —cuando en la anterior revolución industrial el factor multiplicador de la tecnología que incorporaba era de mil, la informática y la telemática permiten hacer en millonésimas de segundo las operaciones que, sin ella, exigen tiempos del orden del segundo—. La adquisición, almacenamiento y difusión de información y conocimiento cambian así profundamente en virtud de la codificación digitalizada y su transmisión telemática —a la velocidad de la luz por fibra óptica—.

La ciencia o, más exactamente, las ciencias, que constituyen en nuestra cultura el cauce institucionalizado para la producción del tipo de conocimiento acerca de diferentes campos de la realidad que consideramos objetivo y universalmente válido, se ven afectadas por los desarrollos de las *nuevas tecnologías* que ellas mismas han propiciado. Es decir, la informática y la telemática inciden en el

conocimiento científico, no sólo en lo que toca a su transmisión, sino en lo que respecta a su misma producción. Por lo demás, la importancia de la información es tan decisiva –económicamente, la información se ha convertido en *primera fuerza productiva*–, que la producción científica queda a todos los efectos dependiente de ella, y no sólo nos referimos a la necesaria información adecuada en torno a lo que sea en cada caso objeto de estudio, sino al hecho de que la investigación científica llegue a ser dependiente de la información que socialmente le llega y que socialmente sea capaz de generar. Las conexiones informáticas y la difusión telemática son hoy más que imprescindibles en el trabajo de la ciencia: son condiciones fácticas de posibilidad. Eso nos da una idea de los cambios a que están sujetas las ciencias y su método, pues los nuevos soportes sobre los que se transmite el saber no son *inocentes* –como no lo fue la imprenta en los inicios de la ciencia moderna–.

Si hoy la ciencia circula por Internet, formando parte los miembros de la comunidad científica de los millones de *cibernautas* que a diario navegan por las redes, también los científicos pueden verse sometidos a mil avatares en sus particulares *odiseas* por ese amplio mar constituido como “tercer entorno” –el primero es la naturaleza y el segundo, las instituciones de la sociedad– en el que de hecho nos movemos. Como en todas las travesías, también navegando por Internet se puede perder el rumbo. La sociedad informacional, y dentro de ella la misma élite intelectual que protagoniza los avances de su civilización científico-técnica, corre el riesgo de perder el rumbo, es decir, el de la finalidad de su propio desarrollo.

Las llamadas *Humanidades*, consideradas como campo del saber relativo al hombre mismo, en el que se estudia el pasado de toda una tradición que llega hasta nosotros y lo que de ella recibimos como herencia de esa larga historia cultural, han sido transmisoras de las elaboraciones en torno al *sentido* de la existencia humana que se han ido haciendo en nuestra cultura. Hoy, cuando acusamos su retroceso en el ámbito cognitivo, comprobamos que pierden terreno en el campo epistémico bajo el empuje de esos

otros saberes científicos cuyo carácter empírico e instrumental los hacen más rentables para el desarrollo tecnoeconómico. Todo un síntoma de una grave situación cultural cuyo problema principal no es la crisis académica de las Humanidades; eso es lo de menos. La cuestión central es el vacío de *sentido* de un mundo con un desarrollo tecnológico potentísimo, pero incapaz de imprimir a la esfera de su cultura axiológica la fuerza suficiente, por lo menos, para que esté al mismo nivel alcanzado por la esfera de la cultura tecnológica –y no, como sucede, dominada por ésta y sus valores efectivos–. Ante ese vacío, las Humanidades resultan cuestionadas –no se libran de ello por el logro de sus índices de empleabilidad entre sus egresados en el mercado de trabajo–, al aparecer como portadoras de una decadente función social que desempeñan como guardianas nihilistas del “museo de la historia” o como “lujo cultural” para lucir según lo políticamente correcto, añadida al declive epistemológico que no han sido capaces de remontar frente al cientificismo dominante en la cultura occidental.

#### LA AMENAZA DE LA DOMESTIZACIÓN DE LOS SABERES. EL RETO ÉTICO DEL DESARROLLO TECNO-CIENTÍFICO

Nuestra realidad cultural, la de la civilización tecnológica que desborda fronteras y se expande imparable de la mano de la misma economía que hace posible, muestra que ciencia y técnica van juntas. Así es desde los comienzos de la modernidad, cuando se impuso un nuevo paradigma científico que dejó atrás la idea griega de la primacía del conocimiento teórico, que concebía el alejamiento de la contaminante materia –cosa que no era posible en la *tecne*– como salvaguarda de las pretensiones de verdad del conocimiento universal y necesario, al cual, según Platón, tenía acceso el espíritu en la *contemplación* de las ideas como “formas” constituyentes de la realidad. Basta con acercarse a los escritos de Francis Bacon, el primer filósofo de la ciencia moderno, para percatarse de que las cosas empezaron a verse de manera muy distinta: la ciencia dejó de verse como teoría pura, para autocom-

prenderse como *ciencia experimental*— Para ésta, la técnica es un momento esencial, y no sólo por la búsqueda de la aplicabilidad de los conocimientos, sino por la necesidad misma de la experimentación para la verificación de las hipótesis científicas, necesario paso previo a su consideración como *leyes* universales de la naturaleza. La ciencia-técnica, a su concepto de verdad como *objetividad* añade la *utilidad* como un criterio decisivo, por más que no único, para la misma. Ese carácter pragmatista no hará sino acentuarse a lo largo de la historia moderna de la ciencia, a medida que se acentúe la relevancia económica de la tecnociencia. Por lo demás, en la ciencia moderna, por su esencial carácter “tecno-lógico”, se ve reforzada la *voluntad de dominio* que acompaña al “interés técnico” que nos moviliza en nuestras relaciones con la naturaleza —con el agravante de que esa voluntad de dominio no se limita a las relaciones hombre-naturaleza, sino que se extiende de manera irrestricta a las relaciones interhumanas—.

La ciencia experimental moderna, consolidada tras la *revolución copernicana*, se desarrolla como saber bajo un nuevo *paradigma*, que tiene en Galileo a uno de sus principales mentores iniciales. Tanto es así que se habla de la tradición galileana como contrapuesta a la anterior tradición aristotélica. A la galileana le es propia una perspectiva causalista que pretende asentar las explicaciones de la realidad en la *causa eficiente* de los fenómenos, desechando el enfoque teleologista aristotélico, que ponía el acento en la llamada *causa final*. Para la *nueva ciencia* de los “modernos”, conocer algo es conocer la causa a la que se debe, lo que permite generalizar y prever. Además, ese conocimiento no puede limitarse a ser un conocimiento *cuantitativo*, sino que necesita *cuantificar*: el lenguaje de la ciencia moderna es el de la matemática —Galileo afirmaba, trazando la pauta para toda la ciencia posterior, que “la naturaleza está escrita con los caracteres del lenguaje matemático”—. El conocimiento objetivo de la naturaleza, dejando aparte las apreciaciones subjetivas —pretensión de neutralización de la subjetividad—, utilizando el método hipotético-deductivo, se constituye en modelo del conocimiento en general y la ciencia, en el saber racional por excelencia. Tanto es así que, a medida que fue siendo desplazada la

filosofía como saber unitario en el que todos los demás quedaban incluidos, con la metafísica como “filosofía primera” –pretensión ya planteada así por Aristóteles y renovada por Descartes con su *metafísica de la subjetividad*–, la ciencia fue ocupando el espacio epistémico del que se desplazaba a una filosofía en retirada, presentándose a su vez con el proyecto de una “ciencia unificada”, con un método único –experimental– para *explicar* toda la realidad. De esta forma se configura una concepción *cientificista* que implica una excesiva fe en la ciencia, la cual apunta más allá de los límites de sus legítimas pretensiones de conocimiento verdadero –lo cual ya fue planteado críticamente por Kant–. Tal *cientificismo* se constituye poco a poco en mentalidad dominante en nuestra cultura, la cual se sistematiza, sorprendentemente incluso desde determinadas corrientes de la misma filosofía –en una especie de tendencia al “suicidio epistémico”–, como *positivismo*.

El problema del positivismo es la voluntad hegemónica con que se respalda a la concepción *cientificista* de la misma ciencia, voluntad que resulta tanto más acentuada cuanto más férreamente se aplican las reducciones que el planteamiento positivista pone en marcha: reducción de la razón a razón científica –lo que cae fuera es considerado irracional–, de la filosofía a filosofía de la ciencia –lo que se sale de ella es calificado de “metafísico”, utilizando la expresión en sentido negativo– y reducción de la teoría del conocimiento a epistemología –tratando la ciencia como un proceso “sin sujeto”–. Si nos fijamos en la génesis histórica del positivismo, aunque sus antecedentes vienen de atrás –en la misma tradición filosófica podemos encontrarlos en la corriente empirista, con su carácter antimetafísico–, vemos que emerge con fuerza en el siglo XIX, cuando la ciencia moderna está madura no sólo internamente, sino también externamente, es decir, como saber que domina y estructura el campo epistémico en el seno de la realidad cultural. Para entonces, la filosofía, en grave crisis de identidad una vez constatada la insostenibilidad del sistema hegeliano, se halla en metida en un duro debate entre sus corrientes autocríticas, por una parte, y las representativas de la vieja metafísica, por otra, con la particularidad de que por los dos lados

se aceptaba el modelo epistemológico impuesto por la ciencia, tomando la física como referencia. El *cientificismo* dominante, recién salido de la Ilustración, sólo se ve cuestionado —dejando aparte las reacciones alentadas por el conservadurismo teológico— desde el lado del pensamiento romántico, que encuentra refugio en el historicismo y trata de hacerse fuerte en el baluarte de los estudios humanísticos. Es entonces cuando las *humanidades* se configuran como campo delimitado, contraponiéndose como *Letras* frente a las *Ciencias* —contraposición impregnada de tensiones, no exentas de influencias socioculturales según las distintas realidades nacionales, como quiso mostrar C.P. Snow en su citadísima obra sobre “las dos culturas”, la de los científicos y la de los “intelectuales literarios”, a los que llega a calificar de *ludditas* por su oposición a la ciencia y a sus aplicaciones industriales<sup>1</sup>—.

Desde comienzos del siglo XX surgieron intentos —prolongados hasta hoy— por amortiguar la distancia entre Letras y Ciencias, reivindicando para las primeras un carácter científico propio, lo que permitiría que se presentaran con toda su legitimidad epistemológica en el espacio público del saber científico, ocupando su lugar al lado también de las ciencias sociales, las cuales, desde que se consolidaron, contribuyeron a relativizar la diferenciación entre “Ciencias” y “Letras”<sup>2</sup>. Destaca a ese respecto la propuesta de Dilthey con su distinción entre *ciencias de la naturaleza*, cuyo objetivo es la *explicación* de los fenómenos naturales ateniéndose a las exigencias del principio de causalidad, y *ciencias del espíritu*, cuya meta es la *comprensión* de la realidad humana, siguiendo los cauces de una empatía que privilegiaba la atención a la particularidad ideográfica en vez de a la pretensión nomotética. No obstante, con todo el mérito de esta distinción, que habrá que retomar para rearticular sus términos —en vez de verlos tan rígidamente contrapuestos—, adolece de cierto punto ciego que tanto unas

1. Cf. C.P. Snow, *Las dos culturas* [1959], Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

2. Cf. J. Kagan, *The Three Cultures. Natural Sciences, Social Sciences and the Humanities in the 21st Century*, Cambridge University Press, 2010.

ciencias como otras tienen en común en su diferenciada pretensión de saber riguroso: comparten el presupuesto de una “teoría pura” capaz de acceder a una “verdad desinteresada” —es decir, mantienen en sus pretensiones de conocimiento verdadero el ideal platónico de la contemplación incontaminada—. Por ambos lados se echa en falta una teoría que aborde reflexiva y críticamente el “conocimiento del conocimiento” hasta tomar conciencia de los condicionantes que pesan sobre el conocimiento científico, incluidos los condicionantes sociales. Será Horkheimer quien, con un famoso artículo titulado “Teoría tradicional y teoría crítica”, dé pasos decisivos en esa dirección, seguido por Adorno, que protagonizará un acalorado debate con Popper acerca del positivismo que todavía impregna buena parte de la filosofía de la ciencia contemporánea. La filosofía hermenéutica, por otro lado, también pondrá de su parte para que se revise a fondo el racionalismo ingenuo que sigue operando tras las exageradas proclamas de cientificidad: no hay hechos naturales, ni por tanto datos científicos, que se puedan considerar al margen de un horizonte de significado y de las interpretaciones que hacemos desde él.

La cuestión de fondo que asoma tras el cientificismo que acaba dominando la escena cultural no es solamente epistemológica, sino política y hasta ética. La ciencia, cuando las ideologías que reemplazaron a las antiguas cosmovisiones religiosas van agotando sus posibilidades de legitimación del orden social, pasa a desempeñar las funciones de legitimación que el sistema en que vivimos, como totalidad dinámica, necesita para hacer aceptables sus requerimientos y soportables sus costes. La ciencia-técnica se convierte así en instancia ideológica, suministrando las justificaciones con que se reviste el ejercicio del poder. Incluso en contextos democráticos, a poco que la opinión pública decaiga en el ejercicio de la crítica y que la ciudadanía sucumba a las sutiles tentaciones de abdicar de sus responsabilidades, la ciencia-técnica como ideología, en tiempos de reelaboraciones ideológicas —no del tantas veces cantado en falso “fin de las ideologías”—, suministra las coartadas para un ejercicio tecnocrático del poder político, en el que éste se autojustifica por la eficacia técnica de sus medidas por encima



de cualesquiera otros criterios. Es fácil detectar la tendencia tecnocrática siempre que encontramos que *de hecho* se opera bajo el principio de actuación que la define: “aquello que técnicamente se puede hacer, debe hacerse”. No sólo no se repara en que no es razón para ello el mero hecho de poder –por supuesto, de ninguna manera es *razón suficiente* desde el punto de vista moral–, sino que resulta que ese principio de actuación se ve reforzado por lo que ocurre fácticamente, dado que efectivamente lo que es posible técnicamente acaba haciéndose aunque sus consecuencias sean devastadoras *humana y ecológicamente*. La interesada o culpable ceguera ante todo ello se incrementa por la fuerza de una “religión de la tecnología” que, de consuno con una muy potente “religión del mercado”, operan absolutizados como instancias justificadoras de aquello a lo que dedicamos nuestras energías, lo que de verdad “nos vale la pena”, proporcionando coordenadas de *sentido* a un mundo que no lo tiene.

Los planteamientos tecnocráticos suelen ir de la mano de concepciones elitistas de la democracia más o menos camufladas, las cuales siempre falsean la democracia en lo que tiene de más esencial: el reconocimiento igualitario de la dignidad de todos y cada uno de los individuos y de su condición de sujetos capaces de participación política. Lógicamente, la ciencia, o las ciencias, por sí mismas, no son tecnocráticas, aunque mejor sería decir que *no deberían ser* tecnocráticas, pues de hecho la manera como funcionan en nuestra realidad social les hace desempeñar esas funciones, encubiertas bajo su desarrollo cognitivo. La actividad científica hace tiempo que dejó atrás el puro interés por la sola verdad, si alguna vez lo hubo, y tiene lugar como *empresa científica* para cuya viabilidad es pieza clave su rentabilidad económica. Lo que pasa de ahí se mantiene dependiendo en gran medida de que contribuya al suministro de materiales ideológicos que necesita nuestro entramado cultural. Y las ciencias, tal como funcionan en un campo cada vez más fragmentado, en el que la especialización extrema aborta la capacidad de juicio crítico sobre la propia actividad investigadora, entran en ese juego del encubrimiento ideológico, incluso en el de la fabricación de nuevas mitologías

mediante mitificaciones de nuevo cuño, debido a que siguen presas de un nefasto prejuicio heredado de la filosofía a la que han querido desplazar. Nos referimos al prejuicio de que hay un “lugar privilegiado” para explicar *toda* la realidad y construir el gran edificio del conocimiento plenamente verdadero respecto a ella. Ese prejuicio insostenible tiene su correspondiente del lado de las humanidades, tan zarandeadas que es irrisorio que se piensen en “lugar privilegiado” alguno, en la idea de que hay un “punto de vista neutral” desde el que abordar los asuntos humanos, más allá de los conflictos de intereses, de las divergencias culturales, de las disparidades ideológicas, etc. Sendos prejuicios constituyen el punto de arranque desde el que ciencias y humanidades, actuando complementariamente en nuestra civilización tecnológica, sirven a su justificación como saberes domesticados.

#### EL “DISCURSO DE LAS HUMANIDADES” Y SU MANIPULACIÓN IDEOLÓGICA EN LA CIVILIZACIÓN CIENTÍFICO-TÉCNICA

En el reparto de papeles entre ciencias y humanidades, tanto los que se dedican a unas como quienes lo hacen a otras se hallan instalados en los confortables camarotes del Primer Mundo. Desde ellos se puede navegar por Internet disfrutando de un bienestar celosamente acaparado, incluso defendido con inocultable *chouvinismo*, como denuncia Habermas. Aun así, el aguijón nihilista previsto por Nietzsche no deja de clavarse en la carne de nuestro espíritu, rasgándola en abiertas heridas por las que supura la mala conciencia, aunque, a decir verdad, entre los profesionales del saber humanístico también suele ahogarse ese malestar con las voces del oportunismo gremialista, dispuesto a sacar provecho del *sin-sentido* en el mercado de las ideas. El nihilismo de nuestra cultura, producto de consumo en los bazares de la postmodernidad, se convierte en mina de pingües beneficios. La producción ideológica, encubriendo su propio interés, no tarda en ponerse en marcha justificando lo *inhumano*, más allá de las afirmaciones en

sentido contrario, con declaraciones impotentes sobre un mundo *deshumanizado*.

La cobertura ideológica necesita para su eficacia el “discurso de las humanidades”, haciéndole desempeñar el papel complementario respecto del cientificismo dominante que antes se ha señalado. No falta indagar mucho para ver que es el juego al que la *Academia* –el mundo académico en general, más allá del limitado alcance de las voluntades individuales– se brinda con agudo sentido de supervivencia. Se trata, por lo demás, de un desesperado intento inútil, porque a no muy largo plazo será insostenible un juego de apariencias que quedará rebasado por el pragmatismo de un poder que ya no necesitará de ellas. Ése es el final que se ve venir para unas Humanidades en retirada desde hace siglos, a las que la división social del trabajo y el reparto político de tareas legitimatorias, pasando por la organización del campo epistémico, recluyen en el “museo de la historia” y reducen a lujo cultural –o a fuente suministradora de mitificaciones muy necesarias para sostén de ideologías en liza, como se ve al hilo del penoso debate sobre la enseñanza de la Historia–. Aunque hay que subrayar que ése será el final si no hacemos nada para afrontar el supuesto destino de un desarrollo cultural que todavía puede cambiar –es decir, que no es *destino*, ya que depende de nosotros no someternos a ningún presunto destino–; en tal caso resistiremos tanto a “la tecnología como destino” como a “la cultura como destino”, que es lo que se quiere imponer desde las identidades colectivas que se afirman excluyentemente hacia fuera –represivamente hacia dentro–.

Frente a todo ello, no hay recuperación de las Humanidades sin asumir un *compromiso de verdad* –esto es, con esa verdad cuya condición es la justicia– con la humanidad concreta que conformamos y que nos constituye, la que se revela precisamente en los naufragos arrojados a las orillas del despiadado curso de la historia. Ese *compromiso de verdad* exige el diálogo con las ciencias –entre ciencias–, planteado incluso como *transdisciplinar* –es decir, apuntando más allá de una interdisciplinarietà que frecuentemente acaba en yuxtaposición de campos diversos– y la superación del falso antagonismo entre ciencias y Humanidades.